TESTIMONIO VOCACIONAL

Desde el último banco

La historia de un niño que jugaba a ser sacerdote

CAPÍTULO 01

01

Una familia joven

Desde mi infancia siempre fui un niño muy tranquilo. Durante mucho tiempo fui el menor de mis primas y, además, el único niño de la familia. Con los años fueron naciendo mis primos y, poco a poco, la familia fue creciendo.

Mi madre se quedó embarazada de mí con tan solo 15 años. Tuvo muchas posibilidades para abortarme, pero su amor por mí, junto con la ayuda de mis abuelos, bisabuelos, padrinos, tíos y demás familia, hizo posible que hoy esté aquí contando mi testimonio vocacional. Con 16 años, mi madre dio a luz a su primer hijo, el 28 de octubre de 2005. Fui bautizado en julio de 2006. Y, de alguna manera, ahí comenzó mi llamada.

Tengo el orgullo de decir que siempre he tenido una familia joven. Mi tía y yo nos llevamos apenas 18 meses. Mi madre y mi abuela empujaban juntas los carritos por la calle. Puede resultar algo curioso, incluso un poco incoherente visto desde fuera, pero yo lo veo como una gracia de Dios: haber podido crecer en

una familia joven, conocer a mis bisabuelos y, sobre todo, haber podido disfrutar de ellos.

- Mi bisabuela

Mi bisabuela tiene un gran protagonismo en mi historia vocacional, al igual que lo tiene en mi vida en general. Fue la mujer con la que viví durante 16 años, junto con mi madre y mis abuelos.

De mi bisabuela aprendí muchísimas cosas. Siempre estaba enseñándome con amor. Me enseñó a defenderme en la cocina, a doblar la ropa y a limpiar. Me animaba cuando más decaído estaba, me daba muchos besos y me abrazaba con todo su amor. Pero, para mí, uno de los actos de amor más grandes que hizo fue ayudar a mi madre a sacarme adelante. Solo por eso, le debo muchísimas cosas.

CAPÍTULO 02

02

Jugar a ser sacerdote

Cuando yo tenía unos 8 o 9 años, me encantaba, como a cualquier niño, llegar por las tardes del colegio y ponerme a jugar. Jugaba a muchas cosas: a ser profesor, policía, bombero... Pero entre todos aquellos juegos había uno que destacaba especialmente: ser sacerdote.

Para jugar a ser sacerdote, cogía unas sábanas o unas toallas y me las ponía por encima. Después cogía unas pinzas de la ropa y cerraba aquellas sábanas, intentando que parecieran las vestiduras litúrgicas. Luego preparaba una copa de cristal con un poco de agua, zumo o refresco que imita el vino, y unas galletas María. A estas últimas les mordía los bordes para que quedaran pequeñitas, intentando darles una forma determinada.

Ustedes se preguntarán cómo un niño de aquella edad sabía que el sacerdote utilizaba vino y formas para la Misa. Pues bien, todo aquello lo sabía porque siempre fui un niño muy observador. Mientras me preparaba para hacer la Primera Comunión en la parroquia de San Juan Bosco, en Jinámar, me fijaba en cómo el sacerdote preparaba el altar para el momento más importante de la Eucaristía.

- Galletas María y una copa de cristal

Entonces cogía aquella galleta María, la mojaba en la copa y se la daba a mi bisabuela para que se la comiera. Ella, con su gran amor, me seguía el juego. La pobrecita tenía que comerse aquella mezcla.

CAPÍTULO 03

03

Miedos, lágrimas y una Primera Comunión

Volviendo a la catequesis, yo era un niño que lloraba mucho. Me daban miedo muchas cosas. Todo esto estaba relacionado con distintos problemas de adultos que vive un niño, haciendo que desarrollara muchas heridas y muchos miedos.

Tenía mucho miedo a separarme de mi madre. Cuando entraba al colegio, me ponía a llorar. Cuando entraba en las actividades extraescolares, me ponía a llorar. Cuando entraba en catequesis, también me ponía a llorar. No quería separarme de ella.

Fíjate cómo cambia la cosa: ahora es ella la que muchas veces llora porque me echa de menos. Y yo también, no lo puedo esconder.

- Mi Primera Comunión

En mi proceso catequético tuve la inmensa suerte de estar acompañado por grandes catequistas y sacerdotes. Uno de ellos fue D. Luis Laborda, sacerdote al que quiero mucho y que siempre llevo en mis oraciones.

El 16 de mayo de 2016 recibí por primera vez al Señor. Fue uno de los días en los que recuerdo haber sido más feliz.

CAPÍTULO 04

04

Lejos de Dios

A lo largo de los años fui creciendo y llegó la adolescencia a mi vida. Ese tramo de la vida tan bonito, pero a su vez tan temido por los padres.

Yo seguí haciendo mi vida: seguí estudiando, seguí con mis amigos e intentaba tener alguna novia. Y, en medio de todo aquello, Dios no ocupaba un lugar en mi vida. No iba a Misa ni participaba en ninguna comunidad cristiana. Solo me acordaba de Dios cuando me sucedían cosas malas. Como la mayoría de nosotros.

- Una nueva casa

Cuando cumplí 16 años, me mudé al barrio de La Feria con mi madre, su pareja y mi hermano. Cabe añadir, para poder continuar con la historia, que mis padres se separaron cuando yo era muy pequeño. Entonces, el padre de mi hermano ha sido quien me ha acogido, me ha criado y ha ayudado a mi madre a formar al hombre que soy hoy.

CAPÍTULO 05

05

Una noche de Jueves Santo

Ya viviendo en La Feria, una buena amiga me invitó a asistir a la Procesión del Silencio, que se vive en Vegueta la noche del Jueves Santo.

Yo decidí ir. En mi pensamiento estaba la sencilla idea de que, como no tenía nada que hacer, iba a ir.

Estando allí comenzó la procesión. Y algo dentro de mí comenzó también a caminar junto a la figura del Señor.

A medida que avanzaba la procesión, más cerca me ponía del trono. Cada vez me fijaba más en las oraciones que se iban haciendo en cada estación. Sin darme cuenta, el Señor ya estaba trabajando dentro de mí.

El último banco

El domingo de aquella semana decidí ir a Misa a la parroquia de La Feria, Nuestra Señora del Atlántico. Yo iba con mucha vergüenza, porque mi principal cometido era que no me viera nadie. Llegué a la parroquia intentando pasar lo más desapercibido posible y me senté en el último banco.

Allí viví una Misa muy impactante. También porque la homilía del sacerdote me hizo cuestionarme muchas cosas.

CAPÍTULO 06

06

«Joel, te pillaron»

Pasaban los días y yo seguía yendo a la parroquia. Hasta que un jueves se me acercó uno de los sacerdotes que han sido muy importantes en mi vida vocacional: D. Mario Santana.

Se acercó y se presentó con mucho amor y mucha sencillez.

Yo pensé: «Joel, te pillaron».

Pero, al mismo tiempo, también tenía muchas ganas de hablar con él.

El mejor psicólogo

Entre todo esto, mi bisabuela falleció el 1 de septiembre de 2024. Yo estaba muy apenado, muy triste. Lloraba mucho aquellos días.

Mi tío, al que quiero muchísimo, me llamó y me dijo:

«Ven, que te voy a llevar al mejor psicólogo que conozco».

Me bajó a la capilla del tanatorio y comenzamos a llorar juntos, ofreciéndoselo al Señor. Hasta que me atreví a decirle que quería ser sacerdote.

CAPÍTULO 07

07

Mi querida comunidad de La Feria

Volviendo a la parroquia y la comunidad, en ese momento en el que Mario se me presentó, me regaló un libro de oraciones y la tarjeta de la parroquia con su número de teléfono.

Digamos que, gracias a aquel acercamiento, pude romper algunos tabúes, ir sentándome poco a poco en bancos más adelantados y comenzar a conocer a mi querida comunidad de La Feria: tan familiar, tan acogedora, tan cristiana.

Comencé a sumergirme mucho más en la vida comunitaria. Iba a todas las catequesis que organizaba el párroco. Estuve varios meses acudiendo a Cáritas parroquial, aprendiendo de las personas que trabajaban en la parroquia.

Hasta que un día me atreví y le dije al párroco que estaba sintiendo una inquietud vocacional. Que me estaba enamorando de Dios, de la Iglesia. Que quería ser sacerdote.

En aquel momento volvió a salir ese niño que algún día jugaba y soñaba con ser sacerdote. Estoy muy agradecido al Señor por haber mantenido aquel deseo en mi corazón. Un deseo que permaneció muchos años dormido, pero que, poco a poco, se fue despertando.

Cursillos de Cristiandad

El párroco tuvo la idea de recomendarme hacer Cursillos de Cristiandad, junto con otras personas pertenecientes a la comunidad que también me animaban a hacerlo.

Me atreví y fui acompañado por la amiga que ya he mencionado anteriormente. También me parece bonito recalcar el papel de esas amistades que van acompañando y sosteniendo el camino vocacional.

En el cursillo pasaron muchas cosas. Muchas de ellas me hicieron volver al origen de mi fe, de mi historia y de mi vocación.

CAPÍTULO 08

08

El Señor no hace nada en vano

Yo todavía no le había dicho a nadie del cursillo que tenía aquella inquietud vocacional. Hasta que un día lo dije.

Uno de los sacerdotes que estaban allí, al que quiero mucho y que también tengo presente en mi oración, D. Nicolás Monche, me dijo:

«¿Por qué no hablas con el rector del seminario? Está aquí».

Resulta que Dios había querido que D. Juan Carlos y yo coincidiéramos en el Centro de Pastoral. Yo, por el cursillo, y él, por sus cuestiones propias.

Era domingo por la mañana cuando D. Julio Roldán me llamó, me sacó al pasillo y allí estaba esperándome el rector para conocerme.

En aquel momento sentí una felicidad muy grande.

Al día siguiente, lunes, me citó en la parroquia Jesús de Nazaret, en 7 Palmas. Y, «casualmente», aquella sería mi parroquia de Pastoral durante mi año propedéutico.

> *"El Señor no hace nada en vano.*

Preseminario

Allí hablamos y comenzó mi proceso de preseminario, junto con Raúl y Antonio.

Tras un curso de preseminario, decidí entrar en el Seminario Mayor el 7 de septiembre de 2025.

> *"Aquel día mi vida cambió.*

CAPÍTULO 09

09

Hoy, en el Seminario

Yo estaba estudiando un ciclo de Fotografía, por lo que me iba por las mañanas a estudiar y, por las tardes, mayormente, me dedicaba a ir a la Santa Misa, estudiar, rezar o hacer las cosas propias de una casa: lavar la ropa, limpiar, planchar...

Al principio fue un poco duro verme solo por las tardes en el seminario, porque mis hermanos iban al ISTIC. Hasta que, poco a poco, me fui acostumbrando. Aunque siempre esperaba con mucho amor y muchas ganas la llegada de mis hermanos.



un día para no olvidar

Pastoral y estudios

Comencé mi pastoral en la parroquia de Jesús de Nazaret y Las Torres, al igual que en el hospital, que también forma parte de mi pastoral. Ambas son comunidades muy familiares y muy comprometidas, en las que me he sentido realizado, he aprendido y he podido desempeñar mis servicios.

Hoy en día estoy estudiando Teología en el ISTIC. Estoy disfrutando de los compañeros, de los profesores, de las clases y, sobre todo, del Señor.

Continúo mi formación en el Seminario, esperando y confiando en el Señor.

Gracias a mi familia, a mis amigos, a mi hermano, a mis padres y a mis formadores. Gracias porque están ahí, acompañándome, guiándome, enseñándome y preocupándose por mí.

Y, cómo no, gracias al Señor, que es el protagonista de toda esta historia.

Sin Él, nada en mi vida tendría sentido.

Joel Agustín Artiles Dávila,
Seminarista Diocesano de Canarias